



PREGÓN

Semana Santa 2007

Medina de Rioseco

PREGÓN DE
SEMANA SANTA
MEDINA DE RIOSECO
2007

Gabriel Pellitero Fernández

© Junta Local de Semana Santa
© del texto, su autor
Portada: Virgen Dolorosa (detalle).
Juan de Juni, siglo XVI.

Imprime: Gráf. Andrés Martín, S. L.
Paraíso, 8. Valladolid

Depósito Legal: VA. 380.-2007

PROCLAMA

En el Nomen del Padre que fizo el Cielo y la Tierra. Y en el del Hijo que nació de Santa María la Gloriosa y del Espíritu para sufrir la Pasión y Muerte, resucitando glorioso... Invocando a María señora de Castilviejo, al Santo Juan Bautista y a San Yago Peregrino, fago el servicio de proclamar por Rúas y Plazuelas de esta Noble Medina de Rioseco que:

Por los honorables regidores del Concejo, Señores de Justicia, Clérigos y Homes Buenos presididos por la VARA MAYOR de la Semana Santa y todos los hermanos de las Cofradías Penitenciales han acordado, ayuntados por la Fe, la Esperanza y la Caridad que hoy, Sábado de Dolores treinta y uno de marzo, Santa Valvina, se haga la Proclama Pública y Pregonera en el templo de San Pedro Mártir, a las veinte treinta horas y ante la imagen penitencial de La Virgen Dolorosa, para que, ante todos ellos y el pueblo fiel, se enaltezcan los valores redentores de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

Sepades que esta Proclama Pregonera la dirá el Reverendísimo Señor Don GABRIEL PELLITERO FERNÁNDEZ, párroco emérito de Santa María y Santiago de Medina de Rioseco, canónigo honorífico de la Santa Iglesia Catedral de Sevilla e Hijo Adoptivo de Medina de Rioseco.

Lo fago por mandato del Señor Presidente de la Junta de Cofradías de Semana Santa, Don ANDRÉS SAN JOSÉ DE LA FUENTE.

Dado en la Cuaresma del séptimo año del siglo XXI, bajo el reinado de JUAN CARLOS I: EL REY.

Item más, damos públicas gracias a Dios Padre, a Dios Hijo y a Dios Espíritu Santo y pedimos oraciones para que Su Santidad el Papa BENE-DICTO XVI, vicario de Cristo en la Tierra, pastoree con singular tino, la Iglesia Católica Universal.

Año de Gracia trigésimo segundo del Reinado de JUAN CARLOS I.

ARCHÍVESE EN EL LEGADO
CORRESPONDIENTE DEL AÑO 2007

FIRMADO Y SIGNADO POR
EL ESCRIBANO MAYOR

PRESENTACIÓN

Con licencia del Rvdo. Sr. Cura Párroco de Santa María y Santiago, don Javier Castañón Castañón, representante del equipo sacerdotal parroquial.

Ilte. Sr. Alcalde de Medina de Rioseco, Pregonero, Excmas. e Ilmas. Autoridades, Srs. Presidentes de las Cofradías, Gremios, y Hermandades de Penitencia y Pasión, Mayordomos, Señoras y Señores:

«Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios»

Ha llegado el tiempo de Semana Santa. Ha llegado el tiempo, ¡bendito tiempo! en el que saldrán al escenario de nuestras calles las santas imágenes que desfilarán a hombros de los hermanos de las distintas Cofradías penitenciales, siempre gozosamente y un fuerte sentimiento de cariño.

Estas imágenes serán portadas por los sucesores de aquellos que nos precedieron en los tiempos y que gracias a su amor, tesón e innegable ilusión, aferrándose a una tradición secular e indiscutiblemente popular, hicieron que permanezca en los tiempos, a pesar de haber transcurrido cinco siglos desde que se realizasen los primeros desfiles procesionales, bajo el auspicio y de la mano de la Orden Franciscana, de gran importancia para nuestra Ciudad.

Popular en letras mayúsculas pues, es indiscutible que todas, y digo bien, todas las gentes de Medina de Rioseco, residamos o no en la ciudad, sentimos y vivimos estos días de Semana Santa de manera especial, en el recogido silencio que siempre ha caracterizado a nuestras gentes de Castilla, con la renovada alegría e ilusión por poder hacerlo un año más.

Y ello siempre en el recuerdo hacia nuestros familiares, amigos o conocidos que nos precedieron y, que con su testimonio, hicieron que amásemos aquello que ellos amaron, lo sintiésemos próximo y propio siempre, como testimonio vivo de fe en Cristo, Muerto y Resucitado.

Este día del Pregón nos sirve de pórtico y anuncio del inicio de los distintos actos y procesiones que van a celebrarse.

Pardal y tapetanes lo han anunciado con solemnidad al recorrer las calles y plazuelas de esta vieja ciudad, convocándonos al pueblo llano, vecinos y visitantes, amigos y familiares, a participar.

En esta iglesia de San Pedro Mártir o de «Santo Domingo», comenzamos una nueva SEMANA MAYOR de PENITENCIA y PASIÓN bajo el signo de la Cruz, esa cruz que corona la Vara Mayor, siempre con el recuerdo a la torre de Santa María, norte al que mirar, lugar al que llegar y símbolo aglutinador del sentir riosecano.

Junto a la Vara Mayor, las Varas e insignias de las distintas Hermandades penitenciales, portadas por sus Mayordomos, se han acercado al estrado para presidir el Pregón. Pregón que va a pronunciar, ante el santo paso de «La Virgen Dolorosa» quien, hasta hace pocas fechas, ha sido el responsable espiritual de todos nosotros, desde su cargo de sacerdote de la parroquia de Santa María y Santiago, el Rvdo. P. Don GABRIEL PELLITERO FERNÁNDEZ.

Pasados los momentos de duda y recelo por la responsabilidad, en su opinión, ello le suponía, pasado cierto tiempo, atendiendo la solicitud de la Comisión Permanente de la Junta, gustosamente aceptó dicho encargo, considerándolo como un honor y, como un riosecano más, complacido por participar en aquello que pueda suponer un servicio a su comunidad. Por ello, en nombre de la Junta de Cofradías, y en el propio, quiero darle las gracias y nuestro reconocimiento.

Nacido en Valdespino Cerón, un pueblo de León, después de cincuenta años entre nosotros, se siente profundamente riosecano. Riosecano que lo es por derecho además de por «devoción», al haber sido nombrado, el pasado año, Hijo Adoptivo de Medina de Rioseco, por acuerdo de la Corporación Municipal, con el asentimiento y aceptación de los riosecanos, quienes quisieron acompañarle en ese momento, en un acto popular, multitudinario, por quienes le respetan y sienten un afecto cariñoso hacia su persona.

Es de todos conocidas sus distintas facetas en el haber de su compromiso sacerdotal o ciudadano:

Cura Párroco de la ciudad, actualmente «párroco emérito» o jubilado, como le gusta se diga, durante años comprometido con distintos movimientos y actividades de tipo social: Formación de grupos de hombres y mujeres con responsabilidad en la organización y funcionamiento de la parroquia. Cofundador de la Asociación para la Restauración y Conservación de Templos. Coordinador e impulsor de asociaciones para la promoción de viviendas de carácter social. Miembro asesor de la Junta de Semana Santa en los aspectos religiosos y de organización. Impulsor y reactivador de distintas Hermandades de la ciudad, olvidadas o próximas a su desaparición. Miembro del Consorcio «Almirante», organismo que tanto ha supuesto para la puesta en valor del rico patrimonio histórico artístico de Medina de Rioseco, principalmente en lo que afecta a la creación de Museos.

El pasado año, en la catedral de Sevilla, acompañado de un gran número de riosecanos, recibió los atributos que le distinguen como Canónigo Honorífico de la misma, distinción que le fue concedida por nuestro recordado paisano, Fray CARLOS AMIGO VALLEJO, Cardenal-Arzbispo de esa Sede Catedralicia.

De su labor como profesor de religión, un gran número de niñas y niños de ayer, mujeres y hombres de hoy, bien saben y pueden dar fiel testimonio de ello, su peregrinar por centros educativos tales como el añorado y recordado Colegio «San Buenaventura» o el Instituto de Enseñanzas Medias, hoy Instituto de Enseñanza Secundaria «Campos de Torozos». Cursos, catequesis, charlas para futuros matrimonios en los salones del antiguo «Centro Parroquial», etc.

Como diría el escritor: ¡Estos son los hechos. Este es su equipaje humano y social! De su análisis y conocimiento podréis deducir y conocer a la persona.

Reiterándole nuestro agradecimiento por su estimable colaboración con nuestra Junta así como por su participación en este acto, querido Don GABRIEL, los hombres y mujeres de estos lares esperamos que su sentimiento religioso y riosecano nos sirva de reflexión. Que su palabra nos llegue al corazón, fortalezca los valores cristianos y nuestro espíritu.

Palabra que nos servirá de preparación para celebrar con fe cristiana la Semana Santa y sus desfiles de Penitencia y Pasión, con la austeridad que nos distingue y caracteriza, dando respetuosa escolta a las «tallas» de Cristos y Vírgenes representados en nuestros pasos, imágenes a cuyo amparo y protección nos encomendamos un año más y a los que solicitamos su perdón.

Gustosamente, para que nos haga llegar su prosa, su mensaje de afecto y convivencia, le cedo el uso de la palabra.

ANDRÉS SAN JOSÉ DE LA FUENTE
Presidente de la Junta de Semana Santa
Marzo de 2007



PREGÓN DE SEMANA SANTA MEDINA DE RIOSECO - 2007

Vara Mayor, Autoridades, Hermanos en el Sacerdocio, Mayordomos, Representantes de las Cofradías, Amigos.

Multitud de veces, llegadas estas fechas, nuestros niños me han preguntado, sin duda buscando una respuesta a su infantil curiosidad y, de algún modo, lograr un aval que garantice su pertenencia a la que considera la mejor Cofradía o paso, como dicen entre ellos: ¿Qué paso cree Vd. que es el mejor? ¿Cuál es el suyo?

Ante ese problema que ellos viven con tanta intensidad, mi respuesta no podía decepcionarles: Intento apaciguar sus competitivos ánimos entre amigos y sigan creyendo que el mejor es el suyo, el de cada uno, aprovechando que esta toma de postura sirva de referencia y ejemplo de que, del mismo modo, el Párroco también lo es de todos, sin ser en exclusiva de ninguno.

Sin embargo hoy sintiéndome de todos y de cada uno, he querido que nos presida en este solemne acto la imagen bendita de la VIRGEN DOLO-ROSA, bajo cuyo amparo y ayuda me acojo.

Por derecho natural, en estos momentos, ELLA, la Madre del Señor, debe tener el justo protagonismo de representación del drama de la Pasión (Muerte y Resurrección) del Hijo de Dios e hijo suyo, en estos sentidos días que nos disponemos a celebrar por gracia de su maternidad divina.

Los siete puñales que traspasan su corazón son el símbolo que expresan, en sentido bíblico, la plenitud del dolor Redentor de Jesucristo y, en su sentir de Madre y Corredentora, acompaña al Hijo soportando ese inmenso dolor.

Mis bodas de oro sacerdotales celebradas con vosotros el pasado año, fueron sobreabundantes en acontecimientos y celebraciones agradables y enormemente gratificantes. A la gozosa acción de gracias a Dios por el inmenso don del Sacerdocio, se unió la alegría de vuestra generosidad concediéndome, inmerecidamente, el honor de ser Hijo Adoptivo de la Ciudad así como el inesperado regalo fraterno del cariño de nuestro querido Cardenal Fray Carlos Amigo, asociándome honoríficamente al Cabildo Metropolitano de su amada Catedral de Sevilla, nombrándome Canónigo honorífico de esa Sede.

Y por si fuera poco, a esta sobreabundante generosidad, en el júbilo de mi descanso, habéis querido concederme el honor y la agradable responsabilidad de PREGONAR nuestra querida SEMANA SANTA.

Esto significa para mí, un año más, intentar renovar, vivir, celebrar y proclamar nuestra Fe agradecida al AMOR infinito de nuestro Padre Dios, manifestado en su hijo Jesucristo, con la religiosidad más enraizada en la cultura y modo de ser de nuestro pueblo, profundamente sentida y más comunitariamente celebrada en la solemne Liturgia de los días Santos y sus desfiles procesionales, adornados con lo mejor de nuestras galas, nuestra iconografía sin par, reflejo de nuestro sentimiento de fe cristiana y reflejo fiel del patrimonio artístico que poseemos.

Dicen que hay acontecimientos que marcan la vida de las personas y hacen surgir los mejores recuerdos. Este es mi caso.

Siendo coadjutor de la Parroquia de Santa Cruz, mi primer novenario, en honor a la Virgen Dolorosa, le prediqué en la Iglesia de Santiago, como preparación a la fiesta del Viernes de Dolores que entonces se celebraba, con gran solemnidad, el viernes anterior al Domingo de Ramos.

Don Jesús González era el Párroco de Santa María y Santiago y Don Isidoro Cid rector de esta iglesia, filial de la de Santa María. De aquí que cada Viernes Santo este recuerdo aflore de nuevo y mueva mi corazón para cargar amorosamente su bendita imagen sobre mis hombros de pecador, con el consentimiento y agrado de los Cofrades.

He portado otros pasos, pero no con esta asiduidad y, sin duda, por otras motivaciones. Conservo con cariño agradecido una fotografía que, expresivamente emocionado, me regaló Carmelo Brezmes (q.e.p.d.) un año antes de morir, en la que estamos portando durante la procesión «El Descendimiento», en el mismo «barrón», junto con «Toroni Hernández», Ángel Gallego y el mencionado Carmelo, quienes en estos momentos estarán

gozando de la alegría en la casa del Padre, contemplándonos gozosos, querido Ángel, junto al recordado «Lolo», quien, como hiciera en otros tiempos, les susurrará en baja voz, cariñosamente, no sin cierto amistoso regocijo: ¡Bajad, bajad. Hay que probar las fuerzas de nuestro cura!

Siempre, de manera especial desde el comienzo de mi vida sacerdotal entre vosotros, por distintos motivos, dos nombres o advocaciones, de la Madre de Dios y Madre nuestra, anidaron profundamente en mi corazón: CASTILVIEJO y DOLOROSA. Ellas siempre han sido aliento de mi fe, impulso de mi vida de sacerdote y pastor, consuelo y bálsamo en los momentos difíciles.

A esta bendita Madre del cielo y a mi bendita madre de la tierra, ENCARNA, ofrezco estas humildes palabras, pidiéndolas consuelo para todos los que sufren, y sean bálsamo que mitigue el corazón dolorido de tantas madres y mujeres de nuestro mundo y de nuestro pueblo.

A pesar de todo, y no es un decir retórico, siento en estos momentos el peso de una gran responsabilidad y el de no saber corresponder a vuestra encomienda por lo difícil y arduo del problema y, tal vez, por las expectativas que habéis depositado en mí.

¿Qué puedo decir de este acontecimiento, el más significativo que enmarca la vida religiosa y civil de nuestra ciudad, que no haya sido contado y cantado por la sabiduría y bien decir de Ilustrísimas personalidades de la ciencia y del arte, seculares y eclesiásticas, que ocuparon anteriormente esta cátedra? Yo mismo, casi desde el comienzo de nuestra historia pregonera, he sentido la emoción de la belleza de su prosa y el sentir de sus versos, maravillosamente expresados y profundamente sentidos.

No os descubro nada nuevo si digo que mi vida no tiene importancia si no es porque, en el ejercicio de mi tarea de sacerdote y pastor con vosotros, he procurado, hacer mis deberes lo mejor que he sabido y podido, siempre con la ayuda de Dios y de la Virgen María, contando con la colaboración generosa de multitud de vosotros y vosotras, los que estáis y los que nos han precedido, bajo el signo de la misma fe y cuyo nombre permanece en mi recuerdo con cariño. He procurado, digo, alentar la vida cristiana; velar por lo que se me confió y restaurar con amor, en el sentido más amplio de la palabra, las personas y las cosas, las almas y los cuerpos.

En el bagaje de mi humilde mochila hoy descubro muchas y largas experiencias, sentimientos y vivencias de una historia de logros y fracasos vividos con ilusión y pasión. Sufrimientos y alegrías, reflexiones, súplicas,

esperanzas y desesperanzas, superadas gracias a Dios y también a los esfuerzos e ilusiones compartidos por cuantos han colaborado en las distintas y variadas responsabilidades de la pastoral parroquial.

¡Ojalá pueda haceros partícipes de esta historia tan nuestra, siguiendo la máxima que siempre me decía mi madre: *«dímelo pronto y en pocas palabras»!*

En la década de los sesenta comienza mi andadura y responsabilidad, con una tarea pastoral entre vosotros y con vosotros, directa y responsable, con un compromiso activo:

1. En el aspecto económico y social y de su herencia artística y monumental, nuestra ciudad vivía momentos difíciles de pobreza, empobrecida –valga la redundancia– por múltiples y complejas causas.

Nuestras monumentales iglesias emergían del austero caserío de corte medieval, como enormes navíos varados en el dique seco, en la horizontalidad del mar de nuestros campos, sin más oleaje que el de sus doradas mieses mecidas por el viento y los altos mástiles de sus torres apuntando al cielo en actitud de suplicar auxilio.

Imágenes y piezas litúrgicas dispersas y empolvadas, con sensación de abandono en las bodegas de sus inmensas naves haciendo aguas por los cuatro costados.

2. En el aspecto religioso: Las Cofradías y Hermandades sobrevivían con un escasísimo número de hermanos. Ante este panorama, surgía fácilmente el desánimo, la sensación de impotencia, y la tentación de huida.

Con el concilio Vaticano II, como en un nuevo Pentecostés, según frase del Papa Bueno, Juan XXIII, vino el Espíritu Santo con fuerza y poder de renovación sobre la Iglesia

La Parroquia, según la doctrina conciliar, renovaba su protagonismo como centro educador de la fe, lugar de culto y alabanza a Dios en la liturgia, activa, participativa y comunitaria como cumbre de toda la obra de la Iglesia y a la vez fuerza dinamizadora del espíritu misionero, en todos sus aspectos.

Conforme a las normas conciliares, los obispos urgieron la creación de las Juntas Parroquiales, con sus consejos de pastoral y económico. Este fue

el momento en que la Parroquia, al trazar el Organigrama de sus actuaciones pastorales, instituyó la Junta de Cofradías de Semana Santa, a la par que la Asociación para la Restauración y Conservación de Templos. Reorganizó Cáritas Parroquial, la Hermandad de la Virgen de Castilviejo.

El cometido de los nuevos organismos, en especial el que corresponde a la Junta de Cofradías o Hermandades de Semana Santa, estaba bien definido: *renovar la vida y el espíritu de todas ellas como impulsoras de la piedad popular y salvar de la ruina los signos de la Fe.*

¿Cómo no preocuparte, trabajar e intentar revitalizar unas Cofradías y Hermandades que, en sus mejores momentos, fueran impulsoras de la mejor y más rica piedad popular, como expresión de una fe, que no solo celebraban si no que testimoniaban, a la vez que promovían obras sociales y asistenciales de caridad, fundando y sosteniendo Hospitales, así como el apoyo necesario y la respuesta dada a quienes solicitaban o necesitaban de su ayuda? Ellas son, y deben ser, testigos de esa historia, invitadas a seguir su ejemplo en el amor a Jesucristo, a su santa Madre y merecedores de nuestros desvelos.

¿Cómo no preocuparse por conservar y mantener, con dignidad, un Patrimonio y una herencia artística de indecible belleza y valor, que siendo esencialmente religiosa, fruto y expresión de la fe, supo encarnarse en la cultura y en la propia forma de ser de un pueblo y es referente obligado de su propia identidad?

Testimonio y ejemplo, por otra parte, de la bondad del dialogo FE – CULTURA que tanto enriqueció, en todos los órdenes, a nuestra sociedad y solar patrio.

Es por eso que Medina de Rioseco mantuvo la nobleza de su linaje y la hidalguía de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad. Ciudad que podíamos decir, no cambió, se quedó anclada en el tiempo y en el espacio de su fisonomía propia y cabal, cimentada en su propia personalidad. Y es por eso por lo que los riosecanos sienten su ciudadanía con tanto orgullo, que aunque sea por privilegio, como lo soy yo, constituye el mayor honor.

Constantemente se ha tratado de superar, con el mejor acierto las dificultades aparecidas. Y en este común caminar: ¡Cuántas alegrías compartidas! ¡Cuántas esperanzas e ilusiones logradas! ¡Contemplación de tejados consolidados; imágenes rescatadas a la carcoma y al natural envejecimiento, luciendo de nuevo su escultural belleza con la luz y el colorido de su rica policromía, aunque no exentas de algún susto al encontrar un día el bellísimo rostro de la imagen del «Longinos» raspado con un objeto punzante!

El Sr. Jacinto Fernández (El Gordo) que como muñidor, tantos años y con tanto cariño había cumplido su oficio, dudando de lo que constantemente estábamos manifestando sobre la policromía que sin duda alguna existía bajo los oscuros aceites, barnices y betunes con que impregnaba a las tallas o imágenes de su paso, para conservarlas y no sufriesen daños, siempre de buena fe y escaso conocimiento como restaurador, quiso por si mismo salir de la duda.

¿Cómo no notar la presencia casi palpable de la visión de Ezequiel sobre el campo del Alto de San Juan, sembrado de piedras dispersas, y luego armónicamente ordenadas en la fachada de Santa Cruz, recobrando su impresionante belleza, y como no gozar al ver convertidas su ruinas en el lugar más digno para el mejor Museo de nuestra Semana Santa. En pocos días podremos contemplar y admirar la austera grandiosidad de la Iglesia de San Francisco, mausoleo de los Almirantes de Castilla, rescatada de su secular ruina y convertida en museo de Arte por la maravillosa realización del proyecto Almirante en nuestra ciudad.

Nos llena de alegría notar la vitalidad de las Cofradías y Hermandades de Semana Santa en continuo crecimiento (de pocos más de 400 se ha pasado, casi, a 3.200 hermanos y hermanas) preocupados por renovar sus Estatutos, deseando participar cada vez más en los cultos litúrgicos y otros actos de piedad, intentando que los desfiles procesionales sean verdaderas manifestaciones y testimonio de la fe en un marco de orden y belleza.

Y como no, aplaudir el espíritu creativo de alguna de ellas, enriqueciendo nuestro rico patrimonio cofrade con nuevos pasos de devoción, como el de la Santa Verónica que procesiona junto con el de Nuestro Padre Jesús Nazareno de Santiago, perteneciendo a la misma Cofradía.

Igualmente valorar y alabar los actos culturales organizados por algunas de ellas, con la creación o puesta al día de sus Bandas de cornetas y tambores. La alegría mayor es saber que los pobres y necesitados tienen un destacado lugar en el capítulo de inversiones de las «cuentas» en varias Cofradías.

Pero como siempre, es más fácil modelar imágenes y esculpir las piedras que unir voluntades libres en su vivencia espiritual y creativa de su fe. De aquí que la tarea constante, como asignatura pendiente, de la Junta de Cofradías y, bien lo sabéis, mi preocupación pastoral con vosotros, haya sido huir de la mediocridad y luchar por un más y mejor, no quedarse en la organización externa, si no inculcar en todo, la vivencia de la Fe, razón y

fuente del propio ser de las Cofradías. Dicho brevemente: pertenecer a una o más de ellas; vestir una túnica, llevar la medalla de cofrade y portar las sagradas imágenes con honor, debe garantizarse con el sello de amor y fe hacia ellas y lo que representan.

Al llegar nuestra Semana Santa, con sentimiento no contenido y fervor de creyentes, dispongámonos a recordar y vivir el misterio del Amor más grande: El Amor infinito de Dios manifestado en Cristo, muerto por nuestros pecados y resucitado para nuestra salvación.

El escenario donde vamos a realizar esta celebración, está maravillosamente preparado:

El amor de Dios que vamos a proclamar está siempre presente en toda su verdad, belleza y bondad, JESUCRISTO. Falta la disposición que los actores debemos tener, la túnica interior que todos debemos vestir son la Fe y el Amor.

Entre mi voz de ensueño y calentura
y mis pulsos vestidos con urgencia,
llego hasta aquí implorando la clemencia
del niño que fue ayer. La edad madura

y me atrevo a rogar por la andadura
de tantos siglos ha de Tu presencia,
por estas tierras llenas de clemencia
que aceptan mi pregón en la llanura

parda, pardo sayal en armonía
con el denso vivir del hombre asceta
que, cuajado de amor y de poesía

se perfila en tu cruz por la meseta
de Castilla trigal de Eucaristía.
De Castilla vestida de poeta

La Fe que por ser gracia y regalo de Dios, consiste en dejarse amar, abriéndonos al amor de Dios, dejarse amar es creer en el amor, y comprometerse con el Amor. Si nos acercamos a la hoguera es para calentarnos y difundir el calor. Dejemos que el fuego del Espíritu de Dios, nos ilumine y fortalezca. Que sea el centro de nuestras vivencias orientando e impulsando los sentimientos de nuestro corazón. Que sea Él quien ponga unción en nuestros labios para orar. Que suscite en nosotros lágrimas de dolor y arrepentimiento, alentando nuestra generosidad en la entrega a nuestros semejantes.

La vivencia de la Fe en estos días santos, la celebramos en dos grandes momentos. El primero se vivirá en la intimidad de nuestros templos, participando en las celebraciones litúrgicas donde, por la acción de Espíritu Santo, acontece la acción salvadora. El Señor Jesús renueva bajo las especies de pan y del vino el misterio de Pasión, Muerte y Resurrección.

En segundo lugar, después de participar de la fuente viva, saldremos jubilosos a proclamarlo por nuestras calles y plazas: ¡Decid y proclamad lo que habéis visto y oído! Es nuestra Fe la que pone en movimiento procesional y convierte en iconos sagrados del amor de Dios las bellísimas imágenes de Jesús y María, imágenes que portamos a hombros con indisimulado orgullo y llevamos en lo más profundo del corazón. De esta manera, hermanos y hermanas, seremos los mejores pregoneros de nuestra Semana Santa proclamando, con el leguaje más bello y por todos inteligible, la buena noticia de la salvación en Jesucristo. Seremos invitación para los creyentes a vivir y sentir con emoción el amor de Dios, oferta de gracia para todos y, al menos, admiración y respeto para los no creyentes.

El fruto de estas celebraciones populares, de tradición cultural y patrimonial, debe ser el llenarnos plenamente del amor de Dios, que es clemente y misericordioso, así como ayuda para ser solidarios, multiplicándonos infinita y generosamente en actitudes y obras solidarias y liberadoras. Así fue la fe de nuestros mayores que nos dieron origen, Así debe ser nuestra fe, la cual debemos comunicar a quienes nos son próximos para su permanencia en un futuro. En esta perspectiva y vivencia real de la Fe Pascual, también nuestra ciudad adquiere sonidos de música propia, como la del ronco sonido de «el Pardal» o el repicar sonoro de los destemplados tapetanes, a la par que la clásica y solemne música de «La Lágrima», o las más alegres y festivas marchas salidas de los instrumentos de nuestras bandas de cornetas y tambores.

Ya se nutren las horas de presagios
El paisaje y el alma están maduros...

La Fe, ¿por qué no sentirla en la sencillez confiada de la madre, de abuela, de la novia que, con emoción, piden ayuda para que su hijo, nieto o novio, puedan llevar el paso o cumplir con la honrosa obligación de ser Mayordomos? Permítanme que llegado este momento exprese, desde el recuerdo cariñoso, la emoción que sentía al ver discurrir por el rostro curtido del Sr. Teodoro (el Moreno) sus emotivas y sentidas lágrimas, siempre agradecidas y añorando sus recuerdos pasados, al contemplar, una vez más, la entrada y salida de los «pasos grandes», desde la Casa Parroquial. Esas amorosas y agradecidas lágrimas han sido, son y

serán, sin duda, la manera de ser y sentir de los riosecanos hacia su Semana Santa.

Ha llegado el momento de preparar y dar comienzo lo que es nuestro. Lo hacemos en el nombre del Señor y de la Comunidad Cristiana. El orden que vamos a seguir no pretende ser el rigurosamente tradicional, si no el orden lógico que marquen las ideas. Haciendo uso del privilegio de mis años, en el recorrido por nuestras calles y plazas, os acompañaré con la alegría de mi fe compartida y, en la medida que lo deseéis, con la ayuda de mis sentimientos y vivencias en la contemplación de las sagradas imágenes del Señor Jesús y su Santísima Madre.

Por los porches y plazuelas
el aire remansa páramos.

Gritos de Pardal que trovan
salmos de aridez y pájaros.

Rioseco a alcanfores huele
de túnicas preparando,
mientras tapetanes lanzan
sonidos sobre los paños.

Castilla rompe silencios
para pasear sus santos.

DOMINGO DE RAMOS Y TRIDUO

Jesús ha pasado la noche en oración. Ha llegado la hora anunciada y tan deseada por Él. La hora de su glorificación precedida de su Pasión. Muy de mañana, como tantas veces, sale al encuentro de sus amigos, sus discípulos, unos pocos pescadores del mar de Galilea. ¡Vamos!, les dice. Subimos a Jerusalén donde, como ya os he dicho, el Hijo del Hombre va a padecer y le darán muerte. Pero no temáis, al tercer día resucitará. Preparemos el viaje. No llevéis alforjas ni sandalias, es necesario aligerar el paso. Id a la aldea, encontraréis un pollino, el dueño ya lo sabe, esa será mi cabalgadura.

Lugar de encuentro, nuestra ciudad. La iglesia de Santiago, a las 12 horas, no son muchos los reunidos. Personas humildes, sencillas y la alegría bulliciosa de los niños que en este día nunca puede fallar, pues si ellos callan, hablarán las piedras.- Revuelo de ramos y palmas, viene el Mesías, el Señor, el rey de la Gloria, pero no os inquietéis, no os turbéis,

se ha despojado de sus títulos de nobleza divina y llega humilde y compasivo montado a lomos de un borrico como si fuera un labriego de nuestros campos que viene a visitar su viña en tiempos de vendimia, para estrujar la uva en el lagar de su corazón. Los niños empujan jubilosos la carroza, como si quisieran adelantar la hora de Jesús. Llegados a Santa María, la liturgia se viste de morado, y se proclama el anuncio de su Pasión.

Nos disponemos a celebrar, en la contemplación del Cristo del Amparo, el solemne Triduo previo al sacratísimo del crucificado, sepultado y resucitado. Acompañar a Cristo en la espera tensa de su Pascua. Sintonzar nuestro espíritu con los sentimientos de su corazón y fortalecer nuestra fe con la gracia de los sacramentos y el contacto sacramental de la Eucaristía, para terminar con el Santo Vía Crucis, recorriendo con Él el camino del dolor. Acto de piedad sencillo y sentido en el pueblo cristiano, acompañamiento espontáneo, multitudinario y comunitariamente compartido. Es manifestación de nuestra fe, que acompañando a Cristo, desea ser vivida, compartida y comprometida. Todo simbólico pero muy significativo para suscitar nuestra fe.

El Cristo del Amparo es portado a hombros para tenerle más cercano, más nuestro. En cada estación, en ofrecimiento voluntario, cada Cofradía va recogiendo su propia cruz, como compromiso de acompañarle en comunión con todos sus hermanos en los acontecimientos más solemnes de la Pascua y compromiso, también simbólico, de aligerar el peso de la cruz del Señor, cargando con la cruz propia y la de nuestros semejantes.

A mitad del recorrido del «camino de la Cruz» contemplamos con asombro emocionado el Encuentro del Hijo con la Madre Dolorosa. En lo alto del atrio de Santiago, frente a frente, con mirada compasiva y entrañable, dialogan. Cristo sin duda comunica a su Madre, la decisión que ha tomado de ser fiel hasta la muerte a la voluntad del Padre y ser fiel al amor de sus hermanos, y pide su bendición.

María Madre, con el corazón latiendo al unísono, le dice: ¿Hijo, en Caná me dijiste que no había llegado tu hora y a pesar de todo hiciste el milagro? Hoy ha llegado, hazles el milagro, te necesitan, dales el vino bueno que transforme sus vidas y las llene de alegría y esperanza.

Y seguimos con Cristo al amparo de su amor porque es clemente y misericordioso, hasta depositarle en el regazo de María y con Él también nuestra esperanza, con el canto de la Salve emocionados, porque Ella es piadosa y dulce Madre.

JUEVES SANTO. EUCARISTÍA

Con emoción y un cierto nerviosismo, hemos preparado al Señor el más digno cenáculo en la incomparable iglesia de Santiago, adornada con los colores más vivos de sus bóvedas e iluminada por el sol del ocaso que, reverberando en los oros de su inmenso retablo mayor, se hace luz de pleno sol.

Nos ha convocado Jesús a su fiesta, es el día de la primera comunión de los Apóstoles, cuando reunidos a la mesa, Jesús quiso compartir con ellos la cena y la palabra, el Cuerpo y la Sangre, el Amor y el Espíritu. Jesús realiza signos y gestos maravillosos de infinito valor en el presente y de proyección de futuro y si queréis de eternidad. Partir el pan era un gesto muy característico de Jesús, lo bendecía, lo compartía. Sus discípulos lo reconocen por esta costumbre, el que daba un toque al pan que lo hacía más sabroso; el que sabía compartir, nadie pasaba hambre junto a Él. Ahora en la última cena, el gesto, se eleva a la categoría de signo y Sacramento: Jesús parte el pan, y lo transforma en carne de su carne, cuerpo de su cuerpo. En el mismo sentido, después de dar gracias, toma el cáliz con el fruto de vid estrujado en el lagar de su corazón y lo convierte en su propia Sangre.

Desde entonces este sencillo gesto y a la vez solemne, quedará como fuente y corazón de la Iglesia, lugar de presencia de Cristo por excelencia, memorial perenne de su Pasión, Muerte y Resurrección.

Jesús, finalmente, complementa el gesto del pan partido y la copa ofrecida con el signo del lavatorio de los pies, que para San Agustín tenía valor sacramental. Es un gesto impresionante que nos interpela constantemente: *He aquí al Dios que se pone a lavar los pies a sus discípulos, lo que ninguno hubiera hecho porque era oficio de esclavos*. Nos asombra la humildad de este Dios, despojado de su túnica divina, y ahora despojado de su manto, vestido con traje de criado, de esclavo. Y también este gesto desde entonces será el punto de referencia obligado ideal del mandamiento nuevo del Amor. «Amaos los unos a los otros como yo os he amado», hasta dar la vida hasta lavaros unos a los otros los pies.

LA PROCESIÓN

Os confieso que la procesión de JUEVES SANTO siempre me ha impactado de manera especial. La Fe y el genio creativo de nuestros artistas han sabido plasmar en las imágenes evangélicas que procesionan la profundidad y el misterio recíproco de Amor-Dolor o del Dolor-Amor. En la figu-

ra del siervo en consonancia de la liturgia del día, todo ha tocado techo, en la humillación y en la exaltación. Getsemaní es debilidad, soledad, tristeza, angustia, repugnancia, miedo y no de cualquier manera, sino hasta el punto de morir. ¡Me muero de tristeza! –dijo Jesús– Ahora podemos decir que Dios se ha encarnado verdaderamente, experimenta la total debilidad y el temblor de la carne. Se vacía de Dios y como hombre grita, tiembla, llora, suda incluso goterones de sangre. «Padre, pase de mí este Cáliz, pero no se haga lo que yo quiero, si no lo que Tu quieres», gritaba una y otra vez, orando postrado en tierra al Padre.

Esta aceptación de la voluntad al Padre, constituye el fundamento de la Redención. El amor infinito del Padre se manifiesta en plenitud en el infinito amor del Hijo. Tanto nos amó el Padre, dice San Juan, que nos envió a su propio Hijo. Cristo asumiendo la infinita maldad del pecado (se hizo pecado por nosotros para salvarnos a todos) sufriendo en propia carne el dolor inmenso (infinito de toda la humanidad, fruto del pecado).

Contemplad la imagen de Jesús en cada una de las escenas evangélicas.

–JESÚS EN EL HUERTO, arrodillado, abatido, acongojado, su rostro elevado al cielo, sereno, casi iluminado, podríamos decir, en oración con rasgos de complacencia amorosa y filial de obediencia al Padre. El Amor es más fuerte que el Dolor.

–JESÚS ATADO POR EL CUELLO, como un esclavo a la columna. Contemplad su rostro sereno, lleno de bondad y piedad a sus verdugos, ofreciendo sus espaldas libremente sin violencia a los azotes, hasta rasgar su carne, hasta los huesos, hasta cinco mil (según la ley romana, al esclavo le daban cincuenta) al esclavo de todos los esclavos cinco mil, sin medida, sin cuento, hasta decir basta. Una vez el dolor y sufrimiento de Cristo toca el techo del infinito de Dios en el Dolor – Amor infinito de Jesús:

–SENTADO PORQUE NO SE TENÍA DE PIE, con los atributos de un rey de burla, humillado, despreciado por la arrogante soberbia y cobardía del Pretor romano, sus parpados hinchados, el rostro amoratado, toda su carne bullendo por la fiebre del castigo de la flagelación, muestra su rostro sereno y majestuoso mirando al cielo, manifestando a pesar de todo, la verdad de su realeza. El Amor se sobrepone al Dolor.

–CRISTO NAZARENO (de Santiago y Santa Cruz), multiplicación de cruces, símbolo tal vez de todas las cruces del mundo que soportan el inmenso dolor de todos los hombres, que cayendo una y mil veces en tierra. Cristo siempre las levanta. Conmovedora estampa, el infinito poder de Dios

suplicando. Verónicas y Cirineos, buscando la ayuda y el consuelo de los hombres. Nunca Dios se rebajó tanto, ni el hombre fue tan encumbrado como en la Cruz de Cristo, porque el Amor todo lo puede, todo lo alcanza.

–LA SANTA VERÓNICA limpia el sudor y la sangre que brota del rostro de Cristo, intentando aliviarle en su cansancio, sufriendo con Él en su doloroso caminar hacia el Gólgota.

*Una pobre mujer, compadecida
de ver a Cristo en tan horrible duelo,
llorosa y triste desplegó el pañuelo
para enjugar su faz dolorida.*

–JESÚS SE DESPOJÓ primero de su dignidad y grandeza divina, ahora los soldados le despojan de los vestidos que le quedan, y le despojan, también, de su dignidad humana expuesto a pública vergüenza, despreciado, desecho de los hombres como ante quien se vuelve el rostro, y así Jesús nos manifiesta la pureza infinita de Dios y la sencilla inocencia del niño en su rostro.

–Contemplad al CRISTO DE LA PASIÓN, anunciando el final del desfile, en el profundo sentir del Dolor-Amor o del Amor-Dolor, hasta simbólicamente pequeño, porque al Padre le complacen los humildes, manifestar su fuerza en la debilidad, así Cristo, el humillado, el siervo envilecido, es constituido Sacerdote de la Nueva Alianza, y con los brazos totalmente extendidos, casi exageradamente abiertos, como para abarcar al mundo entero, ofrece el sacrificio de su cuerpo y sangre ofrecidos anticipadamente en los signos sagrados de la Eucaristía, como sacrificio agradable al Padre. En su larga agonía, bautizándose en el bautismo de su sangre, Jesús con los ojos elevados al cielo, está enseñando al mundo hasta donde puede llegar el Amor por mí, por ti, por todos, el del Padre y el del Hijo por el Espíritu, hasta tocar techo. Elevado entre el cielo y la tierra: ¡Venció el Amor al Dolor!

–MARÍA DOLOROSA, traspasado su corazón por siete cuchillos, como testigo activo de todo el drama, sufre en su corazón y en su carne los sufrimientos del Hijo, ofreciéndose como corredentora al Padre, diciéndonos a todos, con mirada dulce, compasiva y maternal, «*mirad cuanto os ama Dios, pues os ha entregado a su propio Hijo*».

En la calle, en el Corro de Santiago, el pueblo entero, desde el agradecimiento y visiblemente emocionado, canta la Salve ante su virgen, pidiéndola que siempre nos muestre el rostro bendito de su hijo, que es Perdón y Amor Redentor.

Con la poesía sentida del poeta de La Mudarra cerramos la procesión de este Jueves de Pasión.

La calle de rencor sobresaltada.
Tembloroso mi cuerpo en cercanía
de un anhelo transido de agonía,
mientras la turba en grito desatada

por calle de amargura mi mirada
se encontró de repente con María.
Más llanto, más dolor, todo asentía
al ver como mi cruz se le hizo espada.

Inefable tesón de tu presencia,
en la cumbre de amor fontana y río.
En la primicia, Madre, de tu esencia.

Dolorosa de luz entre el gentío,
abrasada de amor y permanencia.
Caudaloso hontanar en desafío.

VIERNES SANTO

El Viernes Santo la Iglesia celebra la muerte salvadora de Cristo. En el acto litúrgico de la tarde, el pueblo creyente medita en la Pasión del Señor, intercede por la salvación del mundo, adora la Cruz y conmemora su propio nacimiento del costado abierto del Salvador.

Entre las manifestaciones de piedad popular del Viernes Santo destaca la procesión de Cristo muerto en Cruz como signo de victoria: *«Yo he vencido al mundo, nadie me quita la vida, si no que yo la entrego»*.

La plaza de Santa María aparece como en un espectáculo impresionante y sobrecogedor con multitud de Cristos e imágenes de María Madre del Señor. Una vez más, como si en torno a la imagen de Cristo muerto en la cruz, se reunieran las cruces de todos los Cristos, hombres y mujeres, niños y ancianos del mundo entero, crucificados por todos los sufrimientos y dolores del cuerpo y del alma, suplicando consuelo y fortaleza, buscando confiadamente la Redención.

Por otra parte, la piedad popular, siguiendo el relato evangélico, ha destacado siempre la asociación de la Madre a la Pasión del Hijo y, como si

presintiera que el Hijo en su agonía va a necesitar más los oficios maternales, la ha representado con multitud de advocaciones entrañables: Virgen al pie de la cruz, que acompañada de Juan, el discípulo amado y María Magdalena, se ofrece como Corredentora y recibiendo en testamento la fecundidad de la filiación y el ejercicio perenne de su amor maternal. «Mujer ahí tienes a tu hijo, hijo ahí tienes a tu madre».

Y recogiendo emocionada el agua y la sangre, signos del Bautismo y de la Eucaristía, que brotan del costado de Cristo, abierto por la LANZADA DE LONGINOS, como el mejor sagrario que guarda en su corazón las fuentes de la gracia y de la salvación que la Iglesia, con la fuerza del Espíritu Santo, realizará en medio de los hombres hasta el fin de los siglos.

Sobresaliendo solemne, majestuoso, el CRISTO DE LA PAZ, como respuesta a todas las esperanzas de todas las cruces humanas. Pacificando el ciclo de la Tierra.

En su verticalidad, rozando el amor infinito del Padre, y en su horizontalidad, abrazándonos a todos en el infinito amor de su corazón, haciéndonos hermanos e hijos del mismo Dios.

En su cruz, dice San Pablo, clavó Dios el decreto de condenación que pesaba sobre nosotros. Así cumple su palabra: *«Cuando el Hijo del Hombre sea elevado sobre la Tierra atraerá a todos hacia sí». Cristo es nuestra paz.*

Y en nuestro amor dolorido y nuestra esperanza esperanzada, miramos al CRISTO DE LOS AFLIGIDOS, que nos dice: *«Venid a mí todos los que estáis tristes, cansados y agobiados»*, y le decimos: *«Te adoramos Señor y te bendecimos, por que por tu Santa Cruz nos has redimido»*.

El cuerpo sacrificado e inerte de Jesús se nos muestra en todo su esplendor. Es su DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ, ayudado por sus discípulos, Nicodemo, José de Arimatea y, junto a la cruz, esperando recoger el cuerpo del Salvador, su Madre acompañado por María Magdalena y Juan, su discípulo amado.

Y por que al descender del duro madero de la Cruz, necesitaba la compasión, el amor y la ternura del regazo suave de su madre, LA VIRGEN DE LA PIEDAD es quien le abraza sobre su seno y le acaricia con amor.

El Amor ha vencido a la Muerte en su propio terreno. El hombre ya no sufrirá solo, siempre habrá alguien con él; siempre estará Dios. El sufrí-

miento humano ya no será solo desgracia, si no fuente de gracia unida a Cristo en su Pasión.

Postrado, inanimado, el cuerpo yacente del Redentor ha sido amorosamente colocado en EL SANTO SEPULCRO, esperando la llegada venturosa en que volverá a la vida para su reencuentro con el Padre. Empieza el tiempo del silencio, porque enterramos la palabra. Empieza el tiempo de la espera, es lo propio de la siembra.

Con gesto respetuoso y de aceptación de su misión intermediadora entre su Hijo y la Humanidad, suplicante y llorosa ante la cruz vacía, la Madre nos muestra su SOLEDAD, silenciosa, frágil, siempre con el consuelo de sentirse servidora de la divina voluntad que la fue manifestada. Y en la fría soledad del sepulcro, Ella y siempre Ella, la Madre, velando el sueño del Hijo para despertarle glorioso en la Resurrección.

Para acompañarla en esos tristes momentos, de las gargantas de una multitud fervorosa situada en el Corro de Santa María, sale el hermoso canto de la Salve, que la aclama y se acoge a su amor de Madre.

Y en la emoción final de acción de gracias, dejad correr los sentimientos en el corazón y en el alma. Gritad. Aclamad. Aplaudid. Llorad, llenad la plaza de recuerdos y súplicas al retirar nuestros pasos. Vuestros aplausos están motivados en la medida que lleguen rozando el dintel.

Pues yo os digo: Llenaos más bien de alegría porque Cristo, tocando techo, nos ha introducido a todos en el corazón de Dios, en la casa del Padre. Empieza el tiempo del silencio:

Se silencia la marcha. Se silencia la música. Se silencia la calle. Se silencia el ambiente.

Se silencia la vida... Se silencia hasta Dios en este instante.

Es el tiempo del recogimiento..., del fervor...

Es el tiempo del poeta.

Quiero dejar mi piel en la madera
y ser Semana Santa en la Castilla
de la gubia de mística semilla
para tallarme en «paso», yo quisiera.

Quiero ser Almirante y su bandera.
y ser álamo y níquel. Ser horquilla,

procesión, tapetán, rúa, mantilla,
cadena y eje, Longinos y Escalera.

En la noche, en la tarde, en las entrañas,
quisiera ser tantas cosas, que mi anhelo
solo pide soñar bajo este cielo

del atrio recoleto y su espadaña,
donde Rioseco se siente más España,
sacando «pasos» y rozando suelo.

Jesús María Reglero nos dejó este soneto endecasílabo, a la salida de los dos grandes grupos escultóricos.

DOMINGO DE RESURRECCIÓN

Este es el día en que actuó el Señor. Este es el día en que rotas las cadenas de la muerte, Cristo asciende victorioso del sepulcro. Esta fue en Jerusalén, la noticia sorprendida y alegre, de aquel día histórico y trascendente para toda la Humanidad.

Al alborear, piadosas mujeres y discípulos, se comunican nerviosos y preocupados: el Señor Jesús vive. Hemos encontrado el sepulcro vacío, refieren las mujeres. Un joven sentado y con vestiduras resplandecientes nos dijo: ¿Porqué buscáis entre los muertos el que está vivo? Id a decírselo a los discípulos. Pedro y Juan corren presurosos, comprueban y ven la tumba vacía pero no violentada, las vendas en el suelo, y el sudario que cubrió su cabeza, no junto a las vendas, sino plegado en un lugar aparte. ¡Vieron y creyeron! El Espíritu reveló el misterio, iluminó el corazón, Pues es verdad, el Señor vive. Dudas, certezas y temores se agolpan en la mente y en el corazón de sus seguidores. Algo insólito e inexplicable, misterioso está sucediendo. El Señor ha cumplido su palabra sin duda, pero nadie le ha visto.

Pasado un tiempo, el Señor se manifiesta glorioso, mostrando en su cuerpo las marcas de sus llagas y Tomás, el Incrédulo, después de tocar y palpar, creyó y afianzó la fe de todos los que, creyendo sin ver, serán proclamados dichosos. Desde entonces la tierra entera se estremece de alegría incontenible. ¡El Señor vive! El sol entró en la frialdad de su tumba. Su cuerpo fue ungido por el Espíritu, y el corazón inmenso comenzó a latir con fuerza. Decírselo a los que usan el engaño y el soborno por temor a la verdad, decírselo a los que seguros de su ciencia y de sus saberes, con la frialdad de los datos arqueológicos, buscan afanosamente los restos humanos del Señor.

Desde el misterio luminoso de la Fe por la fuerza del espíritu, la humanidad de Cristo queda así enteramente espiritualizada, trascendida, divinizada. Él ya no está allí, en el sepulcro, no está allí en Jerusalén, no está allí en aquel tiempo. Está en todas las partes. Está entre nosotros aquí, irradiando paz, alegría y esperanza. Está aquí, rebosante de espíritu, resplandeciente en sus heridas, renovando toda vida, garantizando nuestra resurrección. Esta es nuestra Pascua: Cristo, El Señor Resucitado. Sentimos el perfume de su espíritu y de su cuerpo. Él es nuestra vida.

¡Cristo ha resucitado! La alegría que cantan las campanas, los aleluyas que resuenan en los templos, las manifestaciones alegres de la piedad popular, son signos claros del gozo siempre nuevo de este día bendito de la Pascua. Celebrémosla con alegría desbordante.

Organiza el desfile procesional la cofradía del CRISTO RESUCITADO y LA VIRGEN DE LA ALEGRÍA. Desfile que ha ido incrementándose cada año en orden y adquiriendo la elegancia de lo sencillo. Ello ha sido posible a la gran labor manifestada en su día por mi querido y recordado Fernando del Olmo, persona entusiasta y defensora de nuestra Semana Santa y, sobre todo, un gran creyente.

Dos pasos presiden nuestro caminar: Cristo saliendo al encuentro de la Virgen. No podemos celebrar en plenitud la alegría de la Pascua mientras el velo de luto de la muerte cubra el rostro de la Madre y se vista del blanco de la gracia y de la vida resucitada.

Las Cofradías penitenciales del Jueves y Viernes Santo han venido a felicitar la Pascua a sus hermanos de Resurrección, y participar con ellos del gozo de la vida después de participar en el dolor de la muerte. Porque así lo han comprendido: *es inútil dejar a Cristo en el sepulcro la noche del Viernes Santo, si no le celebramos y le sentimos vivo el Domingo de la Resurrección*. El Señor Jesús, para resucitar tuvo que morir, pero morir sin haber resucitado sería lo más inútil, lo más triste, lo más desconsolador y lo más trágico porque, sin la Resurrección de Cristo, inútil es nuestra fe. Seguimos en nuestros pecados, somos los más desgraciados.

Haber logrado celebrar en plenitud este misterio del amor infinito de Dios en la fraternidad de todas las Cofradías constituye uno de los mayores logros de nuestra Semana Santa y de quienes participan plenamente en su perpetuación desde la fe, sabedores de que ello supone la celebración gozosa de la Pascua y es signo de que el Señor ha resucitado.

Sabemos que ha resucitado si llegan hasta nosotros los signos de su presencia, de manera que nos sintamos en la esperanza, renovados y resu-

citados. No hace falta que veamos efectos milagrosos, si no que experimentemos de algún modo la fuerza de su espíritu. Mantened viva la memoria y la presencia de Cristo en nuestra sociedad. Enseñad a vuestros hijos que la fe, en el Dios de Jesucristo, tiene rostro humano, que trae la alegría al mundo.

Anunciad a todos los hombres esa buena noticia de la vida, el amor y la esperanza».

Llegados a Santa María, como los discípulos de Emaús, intentemos disipar nuestros temores y desesperanzas, y como ellos, después de escuchar y reconocer a Jesús en la fracción del pan, vayamos entusiasmados a notificárselo a los hermanos, pues era verdad, el Señor ha resucitado. Con María, Virgen de la Alegría y con afectividad personal hacia la Virgen de Castilviejo, unidos a todos los creyentes y a los ángeles bienaventurados del cielo, la felicitamos como nuestra reina, cantando la Salve Pascual.

Reina del Cielo, alégrate, ¡Aleluya!, porque el que mereciste llevar en tu seno, ¡aleluya!, ha resucitado como había dicho, ¡aleluya!, ruega a Dios por nosotros, ¡aleluya!

Ya está dicho el pregón. Solo pedimos que al decirnos adiós, al marcharnos después de este abrazo, queden resonando en el silencio de estos muros, en el silencio de los campos de tierra, la Cruz y la palabra. La Cruz de la palabra y la palabra de la Cruz. Porque eso sea así, recemos por Medina de Rioseco, con aquella hermosa oración de Tagore:

«Señora, bendice este pueblo, este alma blanca que le ha ganado a la tierra el beso del cielo. Que ama la luz del sol y goza embelesándose con la cara de su madre: Castilla. Porque llama a tu puerta y coge tu mano para preguntarte el camino y guarda su fe en ti, guíalo rectamente. Pon tu mano en su cabeza y haz, que aunque las olas rujan a sus pies, tu soplo divino venga a henchir sus velas y lo empuje hacia el puerto de paz. No lo olvides en tus prisas, Señora.

«Déjalo llegar a tu corazón y bendícelo»

¡Muchas gracias!

Edita:



Junta Local de Semana Santa

Colaboran:

